

Ramón Zarragoitia

Epistolario de un soñador

Letras Cascabeleras - Narrativa

***Este libro ha obtenido el segundo premio del I
Concurso Literario “Letras Cascabeleras” en la
modalidad de narrativa.***

Primera edición, mayo 2014

Edita: Asociación Cultural Letras Cascabeleras

www.letrascascabeleras.es

Colección Letras Cascabeleras nº. 3

Autor: Ramón Zarragoitia Mezo.

Impresión: Estugraf.

Depósito Legal: CC-000124-2014

I.S.B.N. : 978-84-941747-3-5

La obra se encuentra protegida por la Ley española de propiedad intelectual y/o cualesquiera otras normas que resulten de aplicación. Queda prohibido cualquier uso de la obra diferente a lo autorizado en las Leyes de propiedad intelectual.

Dedico este libro de relatos a quienes en algún tiempo, lugar o forma se empeñaron en que no ejerciera el oficio de la Literatura. Vuestro deseo será siempre mi aliento.

“Acá hay tres clases de gente: la que se mata trabajando, las que deberían trabajar y las que tendrían que matarse.”

Mario Benedetti (1920-2009), In Memoriam

ENTRE HOMBRES
(Última Carta del Maestro)

- 1 -

..., a 10 de septiembre de 1956.

Querido Paco:

Al principio pensaba explicarte con mis palabras, frente a frente, el motivo que me ha llevado a tomar esta (tú la llamarás trágica, terrible, para mí supone el mayor de los alivios posibles) decisión. Sin embargo, estoy tan cansado de esperarte en vano, tan harto de imaginarme lo que habría podido ser y ya nunca será, tan triste en definitiva, que me resulta imposible evitar hacer lo que (sin duda) habré hecho para cuando esta carta llegue a tus manos...

- 2 -

Don José, el alcalde, se excusa alegando que nada ha visto y, por tanto, que no podrá ser útil en la investigación. Sube a la carrera los pocos peldaños que le separan de su despacho en el primer piso del ayuntamiento.

En el vestíbulo se quedan: el juez de instrucción, Anselmo —el alguacil—, y don Evaristo Leguina —el médico del pueblo—.

La puerta principal está cerrada con llave. Fuera, en la plaza, aguardan muchos vecinos curiosos; quie-

ren saber si es cierto eso que los chiquillos van diciendo: «El maestro se ha colgao».

- 3 -

...Supongo que no te será fácil comprender (créeme que tampoco lo es intentar justificarlo) cómo se puede llegar a dar este último paso... ¡Estoy solo, Paco! Sí, tienes razón: no me faltan amigos, compañeros de carrera, colegas que me escriben o pasan a visitarme; pero créeme: estoy muy solo.

Tú tienes a Lalita. Dime, ¿a quién tengo yo? A nadie, Paco... Sigo solo. Peor aún, no tengo a quien querría tener, y sé que jamás podré tenerte.

¿Por qué todo ha de ser tan difícil en este pueblo, en este mundo? ¿Por qué debo ocultar unos sentimientos que me llenan de felicidad?, ¿es acaso sucio el amor?, ¿es malo querer entregarse a otra persona para el resto de la vida? Entonces, ¿por qué se persigue este sentimiento mío? ¿Quién es nadie para prohibirme amar a quien yo quiera; mucho menos para castigarme por ello?...

- 4 -

De frente, según se entra al vestíbulo, dos tramos de escalera y un pequeño rellano conducen a la planta principal del ayuntamiento. A mano derecha hay un aula, la de niñas, que siempre está cerrada porque don José la utiliza como almacén para sus propios negocios. A la izquierda (siempre según se entra),

una puerta sin cerradura custodia el aula de niños. Los doce chiquillos no están en clase: aguardan en la plaza a que termine la investigación. En su lugar, el juez, el alguacil y el médico, de pie entre las siete dobles filas de pupitres, observan en silencio el cuerpo todavía ahorcado del joven maestro.

Huele a la leña quemada en la estufa. También a la orina acre, dulzona, que gotea por el pantalón del cadáver y termina cayendo al suelo.

El juez pregunta “¿Quién encontró al finado?”. El alguacil atento le contesta que fue él, explica que “*Sobre las ocho de la mañana, al colgar las banderas en los mástiles del balcón principal, los chavales de la escuela han salido alborotando a la plaza. Uno de ellos se ha girado y mirándome ha gritado*”. Al principio no ha logrado entenderle, se lo ha hecho repetir más alto. Entonces sí, ha captado el mensaje: “*El maestro se ha ahorcado... Baje, baje, que es verdad*”.

“¿Y entonces usted...?”, incide el juez. El guardia prosigue con su informe: “*...Sin perder un segundo, he bajado hasta el aula y me he encontrado este panorama*”.

Entre el tercer y el cuarto pupitre de la doble fila (si la cuenta se empieza desde la mesa del profesor), colgando de la lámpara de un solo brazo y pantalla de bola, el cuerpo del joven maestro hace ya rato que ha dejado de balancearse al extremo de su cinturón. Brazos y piernas le cuelgan laxos. Los ojos se le han quedado abiertos, casi en blanco, y dirigen un asomo de mirada, perdida y llena de angustia, hacia el techo.

A Ginés se le escapa la lengua negra e hinchada por el costado izquierdo de la boca. La prueba del pánico que ha debido sufrir en el último instante está en su bragueta; tiene forma de oscuro cerco.

Don Evaristo, antes de que su señoría le pregunte nada, se apresura en intervenir para aportar su doble informe: como médico y como testigo directo de los hechos. Matiza que *“Hay una pequeña diferencia entre la escena original del ahorcamiento y la que, apenas dos horas y media después –el tiempo transcurrido entre: la muerte del maestro, el descubrimiento de su cadáver por los alumnos, la aparición del alguacil, el aviso en el domicilio del médico, su llegada al aula y, finalmente, la llamada telefónica al juzgado con traslado del juez desde la capital–, estamos contemplando. Anselmo me ha ayudado a acercar uno de los pupitres para poder subir y examinar el cuerpo”*.

- 5 -

...Hace dos años, al llegar al pueblo, me fijé en ti. Es más: no me avergüenza confesarte que desde el primer momento en que te vi empezaste a gustarme.

Pocos días después nos presentaron (don Antonio, el cura, dos días más tarde para ser exactos), ¿recuerdas? Y cambiamos nuestras primeras palabras: casuales, un tanto forzadas, pero me diste ya la impresión de ser una buena persona. Y me pregunté si serían ciertas las barbaridades que de ti y de tu familia, de tu padre, se decían por ahí.

No te imaginas la libertad que siento en este momento, Paco. Por primera vez en mucho tiempo puedo expresarme sin sentir vergüenza alguna, sin tener que esconderme, con la seguridad de que nadie, ni siquiera tú, podrá juzgarme ni pedirme cuentas por lo que voy a hacer (por lo que ya habré hecho).

Hablaba de cuando nos conocimos,... pasado un tiempo, unos pocos meses, no podía apartarte de mi pensamiento: vivía contigo; solo, pero contigo (estoy seguro de que me entiendes). Atracción, amistad, cariño; sensaciones y sentimientos que fueron pasando por mi piel, por mi cabeza, y llegaron al fondo de mi corazón para convertirse en AMOR.

Te pido, Paco, que superes todo prejuicio y trates de comprender mis sentimientos: la belleza que encierran. Son verdaderos; salen de mi alma; son tuyos Paco,... yo también soy tuyo, Francisco,... Paco,... querido Paco.

¿Podrías imaginarte —como yo he hecho antes, mil veces— un hogar para nosotros dos? Nuestro propio salón; el sofá donde juntos leer esos libros que te prestaba; la cocina donde almorzar, o cenar, la comida que mano a mano prepararíamos... Nuestro dormitorio, donde nadie pudiese venir a separarnos.

¡Qué feliz me has hecho, Paco! He aplaudido con orgullo cada uno de tus pequeños progresos durante este último año: leyendo, escribiendo, y por ellos me he sentido responsable directo, en primera persona. Me doy cuenta de que gracias a ese contacto tan cercano, tan íntimo, he convivido contigo. De alguna forma, Paco, querido Paco, ¿no hemos sido una pareja?...

Al don Evaristo, perito forense, no le cabe la menor duda de que se trata de un suicidio: la ausencia de cualquier signo de violencia en el cadáver y los indicios físicos de la muerte por ahorcamiento, no le permiten emitir otro dictamen: *“Señoría, el maestro se ha suicidado”*.

Calla que también la temperatura del cuerpo viene a respaldar la versión de Anselmo, el guardia.

El Juez asiente: las piezas comienzan a encajar; se trata de una buena señal que podría permitirle regresar a su juzgado en (calcula) una media hora, una hora todo lo más.

“¡Ab”, interrumpe el alguacil, “y que no se nos olvide lo de la carta!”, y señala un sobre cerrado, de color marrón, que han encontrado sobre el segundo pupitre de la fila izquierda. El nombre del destinatario: “D. Francisco de la Vega Dosantos”, puede leerse subrayado sobre el papel corriente, escrito con letra menuda y muy redonda, como de mujer, en tinta negra que una gota ha corrido al final de la última palabra.

...Debo ir terminando esta carta.

Me siento orgulloso de haber cumplido con mi deber —porque lo habré hecho ya cuando me leas—, y créeme si te digo